

SARAH M. EDEN



*El lugarteniente
Lancaster*

Libros de
seda

*A Nadeoui y Doug
por criar a un hijo maravilloso, por acogerme en sus vidas
y en su familia, por quererme como a uno de los suyos*

Capítulo 1



Londres, agosto de 1816

Solo un insensato osaría desobedecer las órdenes del duque de Kielder; y Linus Lancaster podía ser muchas cosas, pero no un insensato.

Por eso, tal y como indicaba la nota que había recibido en la habitación londinense en la que vivía, se presentó a la hora señalada en un punto muy concreto de su club, dispuesto a hacer todo lo que su severo cuñado le pidiera. No temía al duque; de hecho, lo apreciaba, pero el tono de la citación presagiaba algo terrible. Se preparó para lo peor.

Llegó con unos minutos de antelación. Nada había cambiado durante el mes que no había pisado ese lugar. Adam, el temido duque, se ofreció a ser su mentor para que lo admitieran en el club poco después de terminar su etapa en la Marina Real. Le habían ofrecido formar parte de algunas actividades durante los primeros días de adaptación, pero, al haber pasado tantos años de su vida en alta mar, a Linus le costaba pasarse horas jugando a las cartas y apostando sin sentido. Aunque disfrutaba de una partida de billar de vez en cuando y encontraba cierto placer en la lectura, los días de ocio

no habían tardado en volverse tediosos para él. Estaba aburrido, y él había olvidado lo que era aburrirse.

Adam lo esperaba ya en el lugar acordado: un rincón algo apartado en la sala de lectura, de paneles oscuros. El gesto, entre la telaraña de cicatrices que marcaba su rostro, denotaba rechazo y desaprobación. El duque, al parecer, estaba de mal humor.

A su lado estaba sentado el otro cuñado de Linus, Harry Windover, que era tan sorprendente como Adam. Linus ocupó la silla vacía junto a ellos. Saludó al duque con una leve inclinación de cabeza y le dirigió a Harry un gesto interrogativo.

—¿Se puede saber ya por qué nos has hecho venir? —preguntó.

—Adam ha decidido hacerse el interesante —respondió Harry—. Mi teoría es que quiere que juguemos a las adivinanzas. Empiezo yo. —Entrecerró los ojos y se acarició la barbilla—. Ya lo tengo. Su excelencia se ha encariñado tanto con nosotros dos que desea que formemos nuestro propio club privado. Nos proporcionará cintas de sombrero a juego y...

—Cállate, Harry. —Adam solía mandarle callar a menudo. Demasiado a menudo, de hecho. Cualquiera que lo escuchara por primera vez pensaría que al duque le desagradaba su cuñado, aunque no era el caso.

—Te toca a ti —dijo Windover, volviéndose hacia Linus.

—Ya he librado suficientes batallas en mi vida, no voy a empezar otra.

—Sabia decisión —contestó Adam, asintiendo con la cabeza.

—Sin embargo, he de admitir que estoy intrigado por saber por qué estamos aquí —replicó Lancaster—. Si estás dispuesto a darnos más detalles, adelante.

Respondió con gesto de disgusto:

—Tu hermana ha aceptado la invitación a una fiesta.

—¿Qué hermana? —Tenía cuatro, al fin y al cabo.

Harry se rio.

—¿Estaríamos teniendo esta conversación si se tratara de alguna que no fuera su esposa?

Lo único que podía hacer que el duque de Kielder aceptara asistir a una fiesta era que Perséfone no le dejara otra opción. Había pocas cosas que le desagradaran tanto como las fiestas: estaban llenas de gente que le resultaba indiferente; tenía que socializar, lo cual detestaba aún más; y le obligaban a estar fuera de casa, algo que solo aceptaba si era cuestión de vida o muerte.

—Sigo sin entender por qué los planes de mi hermana han propiciado este encuentro.

—Tal vez quiere que lo secuestremos para no tener que ir a esa fiesta —sugirió Harry, siempre dispuesto a apaciguar el ambiente.

—No serías capaz de secuestrar a alguien ni aunque contaras con la ayuda del secuestrado —repuso Adam.

Windover señaló a Linus con el pulgar.

—Contaría con la ayuda de este lugarteniente. Seguro que es todo un experto en artimañas y confabulaciones. Estaríamos muy solicitados. Imaginad cuántos caballeros desearían escapar de la alta sociedad. Podríamos anunciar nuestros servicios y vivir algunas aventuras.

—Me vendrían bien unas cuantas de esas aventuras —admitió Lancaster—. Cualquiera cosa que me haga escapar de esta monótona vida ociosa.

Harry bajó la voz y le lanzó una mirada de advertencia.

—Ni se te ocurra decirle a Adam que estás aburrido, seguro que encuentra algo atroz con lo que colmar tus horas de ocio.

Por mucho que Linus disfrutara de la compañía y de las bromas, sobre todo porque Harry era todo un experto en hacer rabiar a Adam, sospechaba que el duque no tenía la suficiente paciencia para aguantarlas en ese momento.

—Todos sabemos que no sueles asistir a las invitaciones que acepta Perséfone —dijo Linus, volviendo al tema principal—. ¿Por qué esta vez iba a ser diferente?

—Porque esta vez la fiesta durará más de dos semanas. No permitiré que se vaya sola a Nottinghamshire durante quince días. —A pesar de que disfrutaba de la soledad, no podía soportar estar separado de su esposa durante mucho tiempo—. Además, se aseguró de que no pudiera negarme.

Windover esbozó una sonrisa.

—¿Y cómo lo hizo?

—Me amenazó sugiriendo que, si no, la fiesta se celebraría en nuestro castillo de Falstone. —La expresión del duque se volvió más sombría.

—O vas a la fiesta o la fiesta viene a ti —concluyó Linus, asombrado por la astuta estrategia de su hermana—. No podías negarte.

Harry suspiró.

—Me encantan las mujeres Lancaster.

Las «mujeres» Lancaster. Cuántas veces había pensado el lugarteniente que sus hermanas ya habían dejado de ser unas niñas, incluso la más joven, que ya había comenzado su segunda temporada en Londres. Para él seguían siendo como cuando se había ido de casa tantos años atrás: unas niñas cariñosas.

—Te conozco demasiado bien como para pensar que nos has invitado aquí solo para lamentarte de tus obligaciones sociales —dijo Harry.

—Si yo tengo que ir a esa fiesta, vosotros también —sentenció Adam, mirándolos atentamente con los párpados medio cerrados, para que su mirada pareciera amenazante.

—A mí no me han invitado a ninguna fiesta —replicó Lancaster—. La vida en alta mar no me mantuvo tan alejado de la sociedad como para saber que no puedo llegar a una fiesta por las buenas.

—Estabas incluido en la invitación que llegó a nuestra casa. Parece que nuestra anfitriona no sabe lo terco que has sido con tu hermana, negándote a vivir en Falstone, ni que estás en Londres.

Había sido una situación complicada para Linus y Perséfone, pero él se había negado a ceder. Estar en casa de su hermana le hacía seguir viéndose como un niño. Además, no tendría nada que hacer allí; no quería pasar cada hora del día sintiendo cómo lo atormentaba su propia inutilidad.

—Empiezo a sospechar que sé a qué fiesta te refieres —dijo Harry—. A Atenea y a mí también nos han invitado.

—Perséfone lo ha definido como un «evento social importantísimo». —Adam abrió las aletas de la nariz y concluyó las palabras de su esposa con un gruñido.

Harry comenzó a reírse cada vez más fuerte y Linus hizo lo propio.

—¡Qué valiente es esta Perséfone! Te obliga a ir y ni siquiera se molesta en ocultarte lo mal que vas a pasarlo.

—Lo que más me preocupa no es que haya aceptado sin preguntarme —protestó Adam—. Me ha advertido que si agredo o torturo a alguien en el baile, o si causo cualquier trifulca, me matará.

Windover movió los ojos derrochando felicidad.

—Le tienes un poco de miedo, ¿verdad?

El duque de Kielder hizo caso omiso a la pregunta.

—¿Crees que te será especialmente difícil evitar lo de agredir o torturar? —preguntó el joven Lancaster.

—Sabiendo dónde se celebra la fiesta —dijo Harry—, la respuesta a tu pregunta es un rotundo «sí».

Esto despertó el interés de Linus aún más. Miró alternativamente a sus cuñados.

—¿Quiénes son los anfitriones?

El duque torció la boca con un gesto serio y, una vez más, Harry respondió a la pregunta que Adam se resistía a contestar.

—La condesa viuda de Lampton.

—¿Pretendes agredir y torturar a una viuda? —preguntó Linus con ironía.

—No seas ridículo —replicó el aludido.

—Apuesto que es su hijo, el conde, quien corre ese peligro —dijo Harry.

«Lord Lampton», pensó. Linus trató de acordarse de él. Había pasado muy poco tiempo en sociedad, así que no le resultaba fácil recordar a la gente.

—Creo que siempre viste con colores vivos.

—Nunca he conocido a nadie que haga tantas cabriolas, que se pavonee y, en general, que moleste tanto como él —aseguró Adam—. Se deleita haciendo el ridículo. Me obliga a poner en práctica todo mi autocontrol para no abofetearlo cada vez que nos encontramos en la Cámara de los Lores.

—Sospecho que el matrimonio ha suavizado a ese conde tan pretencioso —opinó Windover—. No deja de estar un poco loco, eso es cierto, pero ya no es tan extravagante como antes.

—Hace menos de quince días asistió a la Cámara de los Lores vestido de verde lima —objetó Adam—. Y estoy totalmente seguro de que me miró para ver mi reacción. No sé si intentaba impresionarme o molestarme.

Linus volvió a intervenir:

—¿Crees que este ridículo señor será quien te convierta en un asesino?

—Lampton está prácticamente rogando que lo estrangulen —dijo Adam.

—Y a ti no te importaría hacer realidad sus deseos —añadió Harry.

El duque asintió despacio pero con decisión, aunque no lo suficiente como para asustar al lugarteniente. A pesar de que su cuñado no destacaba por ser cariñoso y solía mostrar ante los demás su cara más severa, en general sabía comportarse y, aunque aseguraba que solo controlaba sus actos por las amenazas de Perséfone, la realidad era que había mejorado con los años.

Harry emitió un silbido suave.

—¿Adam en la misma casa que lord Lampton durante dos semanas? Nunca saldremos victoriosos de esta batalla, Linus. Habrá sangre, sudor y lágrimas, y probablemente sean nuestros.

—Entonces os vendrá bien tener un militar de vuestro lado. —En realidad, a Linus le entusiasmaba la idea. Evitar que Adam arruinara la feliz estancia de Perséfone en Nottinghamshire y que el pretencioso lord Lampton acabara con su paciencia sería un tremendo reto. Y él necesitaba un reto.

—¿Crees que podremos con esto? —Harry aún parecía divertirse, a pesar de sus evidentes dudas.

—Tal vez muramos en el intento.

—No te preocupes —replicó Adam levantándose de la silla—, si no lo conseguís, no seréis vosotros quienes muráis.

—¿Ahora estás hablando de ti? —preguntó Harry—. ¿O de Lampton?

—De ambos —respondió el duque—. De ambos.

Capítulo 2



Hampton House, Nottinghamshire

Arabella Hampton se disgustó al ver a su tía rebuscar entre su escaso repertorio de vestidos y apartar la mayoría de ellos a un lado.

—No necesitas vestir colores tan vivos. Una dama de compañía debe ser útil pero discreta, no el centro de atención.

Ninguno de los vestidos podía considerarse realmente llamativo, pero la joven tuvo que admitir que el azul celeste que su tía descartó no se ajustaba a la imagen que se suele tener de las damas de compañía: sombrías, serenas, serias. Los marrones y grises y los colores oscuros eran probablemente los más adecuados.

—Sin duda, este verde es el más discreto —dijo, mientras levantaba un vestido de día de lana. Sería cálido cuando llegara el invierno y el corte era favorecedor: un argumento sin importancia, pero válido. Se sentía terriblemente insegura de sí misma ante su nueva posición y necesitaba todas las fuerzas que pudiera reunir.

La señora Hampton miró el traje.

—Demasiado escotado —respondió, antes de lanzarlo sobre los otros.

El corpiño era tan alto que ni siquiera se le veía la clavícula cuando lo llevaba puesto. Tal vez era más atrevida de lo que se le permitía a una dama de compañía. No había vivido una vida de lujos; desde que cumplió los siete años no había sido más que una pariente pobre en casa de su tío, pero ser la dama de compañía de una condesa viuda era algo muy diferente.

¿Cometía un error al esperar que se le permitiera llevar un color alegre de vez en cuando?

—*Lady* Lampton te ha dado una oportunidad, Arabella. Podría haber elegido a alguien con experiencia, a quien no necesitara formar ni instruir. Aunque ser joven suele ser una ventaja, imagino que habría preferido la compañía de alguien más cercana a ella en edad y, cielo santo, más cercana a su posición... Pero te eligió a ti, y deberías asegurarte de que no se arrepienta.

Arabella era consciente de su buena suerte. A decir verdad, incluso la desconcertaba un poco. Le habían ofrecido el puesto unos días antes, sin preámbulos, sin avisar. *Lady* Lampton apareció en su casa e hizo la oferta con un tono de autoridad inquebrantable. Sus tíos consiguieron llegar a un acuerdo hasta entonces impensable. La joven empezó a hacer las maletas esa misma noche.

Se había presentado ante ella una oportunidad de escapar de la miseria que había sido su vida junto a sus tíos. La primera esposa había fallecido muchos años atrás y eso supuso un poco de paz para la joven; sin embargo, la segunda señora Hampton era muy parecida a la primera.

Era mejor que escaparse: viviría en Lampton Park, lo más parecido al cielo que podría encontrar en la tierra. Pasaría sus días entre la familia Jonquil, tal y como solía imaginarse de niña.

El difunto conde había sido con ella el hombre más amable del mundo. Siempre la saludaba con la misma deferencia con que trataba a las hijas de las buenas familias, aunque ella no pudiera esperar que se le diera tal importancia, porque no era más que una huérfana al cuidado de unos tíos que no la querían.

El primer recuerdo que tenía del conde era nítido, a pesar del paso de los años. Sus padres habían muerto poco antes del día en que lo conoció. Había acudido al cementerio para dejar un puñado de flores silvestres junto a sus tumbas, pero, al no saber leer, no pudo encontrarlas. Su dolor se volvió insoportable al darse cuenta de que, ahí, los había perdido para siempre. Él la encontró, la rodeó delicadamente con el brazo y la llevó hasta el lugar donde yacían sus padres, sin dejar de abrazarla mientras ella lloraba.

Después lo había buscado una y otra vez, sin darse cuenta en su inocencia de lo presuntuoso que era pretender acaparar el tiempo y la atención de un conde. A veces se había sentado junto a él solo para llorar; otras veces, le hablaba de su día, de algún pensamiento que ocupara su mente. Él la escuchaba sin importar lo que le contara. La había abrazado, se había reído con ella y la había tranquilizado.

Se preocupó por ella cuando nadie más lo hizo, y lo quería por ello.

—¿Me estás escuchando? —preguntó su tía.

—Lo siento.

Con un «chsss» y un movimiento de cabeza, la mujer comenzó a reprenderla:

—Se supone que debes ser una ayuda para la viuda. Si andas todo el tiempo pensando en Dios sabe qué, no tardará en hartarse de ti y te quedarás sin tu puesto. Si eso ocurre, no pienses volver aquí.

Arabella asintió. No sería una decepción para nadie.

—Deseo hacer un buen trabajo, pero no estoy segura de cómo hacerlo.

—Haz lo que te digan, no te metas en problemas, no llames la atención ni olvides que no eres mucho más que una sirvienta. —La joven volvió a asentir. Eso no distaba mucho de lo que ya hacía en su propia casa, un papel que había aprendido bien en los últimos dieciséis años—. Y no les des motivos para que se avergüencen de ti. El

título de la familia Lampton es antiguo y respetado, no importa que el nuevo conde sea un poco peculiar. Están situados tan por encima de ti como el mismísimo cielo.

La joven repitió el gesto de asentimiento. Sabía muy bien que lo que decía su tía era cierto. Una vez le había preguntado al conde si podía vivir con él y formar parte de su familia. Él le respondió, sin ser descortés, que eso era imposible. «La familia debe estar con la familia», le respondió con dulzura. No hacía falta que dijera nada más. Ella pertenecía al lugar donde estaba y el sueño de conseguir algo mejor no era más que eso: un sueño.

—Bien. —Su tía apretó los labios—. Ahora veamos los abalorios.

La joven sacó una cajita cubierta de caracolas que había encontrado tirada tras la casa de la familia Sarvol, hurgando entre la basura a los ocho años. Ahora guardaba allí los pocos adornos que tenía. Tan rápida y sutilmente como pudo, sacó de ella una delgada cadena de la que colgaba una sola cuenta de cristal. La escondió en el puño, apartándola de la vista de su tía, y después le entregó la caja. No le importaba que quisiera deshacerse de lo que había ahí guardado, pero esa cadena y esa cuenta lo significaban todo para ella.

Philip Jonquil, el mayor de los hijos del conde, le regaló esa joya poco después de que su padre muriera. La había encontrado entre sus cosas con una nota que indicaba que era para ella, que entonces no tenía más que once años. Su querido conde no la había olvidado, ni siquiera en el momento de su muerte. Aceptó el regalo y lloró con el corazón roto. Philip, demasiado joven para soportar semejante carga, la abrazó, igual que había hecho su padre años atrás. La consoló, aunque él también sufriera el mismo duelo.

Desearía que le hubieran permitido formar parte de esa familia. Entre ellos nunca se habría sentido sola ni rota ni olvidada. Pero de eso habían pasado ya once años; once años sin su lord Lampton,

once años de soledad y desamparo. Ya doblaba la edad que tenía cuando recibió el collar: el último acto de bondad del conde hacia ella, y sin embargo sufría su pérdida casi tanto como entonces.

Su tía dejó caer la caja sobre la cama.

—Tendrás que dejar aquí todo esto.

La joven apretó el puño en el que guardaba su tesoro para asegurarse de que seguía allí.

—Te llevarás cuatro vestidos y dos trajes adecuados para cenas o fiestas —añadió la mujer—. Nada de joyas o peinetas hermosas.

Dejar atrás los escasos abalorios que tenía y resignarse a los vestidos poco elegantes era el precio que debía pagar. Estaría lejos de sus tíos y de la miserable vida que le imponían. A cambio, viviría con la familia Jonquil, recorriendo los pasillos donde su querido lord Lampton había pasado sus días. Estar allí, aunque fuera como dama de compañía y no como la hija adoptiva que deseó ser, la ayudaría a llenar el vacío que siempre había sentido.

En Lampton Park podría encontrar por fin su hogar.



A Arabella se le aceleró el corazón cuando el carruaje pisó el cuidado camino que llegaba hasta el pórtico delantero de Lampton Park. La majestuosa perspectiva de los terrenos del jardín extendiéndose en todas las direcciones, la imponente fachada y los magníficos árboles situados a intervalos perfectamente medidos declaraban a los recién llegados que aquella era la casa de una familia importante. Solo una niña tan ingenua como solitaria creería que un lugar así podría ser su hogar con solo desearlo.

«Pero ahora sí lo será», pensó. De una manera u otra. Viviría ahí, y eso le bastaba.

Condujeron a Arabella y a sus tíos directamente a una sala de estar, donde los recibió la viuda del difunto conde, vestida como



siempre de un negro impecable. Intercambiaron reverencias e inclinaciones a modo de saludo.

—Es todo un placer... —comenzó diciendo la señora Hampton.

—No los retendré —dijo la señora Lampton de forma cortante—. Su sobrina y yo seremos capaces de arreglar esto solas.

El señor y la señora Hampton no podían hacer otra cosa que aceptar la despedida. Seguir allí sería insinuar que la viuda no era capaz de ocuparse de los asuntos que tenía entre manos.

Así de rápido, Arabella se libró de las dos personas que habían controlado todo lo que pasaba en su vida durante años. Tardó un momento en asimilarlo. No importaba que fuera una mujer adulta; nunca se le había concedido ni la más mínima libertad. No sabía cómo actuar.

—Me alegro mucho de que estés aquí. —La viuda le tomó las manos y se las estrechó afectuosamente.

—¿Lo dice de verdad?

La mujer sonrió con ternura.

—Oh, querida, veo que tus tíos han apagado tu alegría. —Pasó el brazo por el hombro de Arabella y la guio fuera de la habitación, hacia la gran escalera—. Si te dijera que pronto celebraremos una fiesta en casa, ¿te levantaría el ánimo?

Asintió. Las fiestas suponían mucho trabajo. Tendría mucho que hacer y eso la ayudaría a ganarse su bienvenida.

—Magnífico —respondió la señora Lampton—. Pero por ahora preocúpate solo por instalarte.

Arabella pasó la mano por la barandilla mientras subía las escaleras. Estaba segura de que el conde también solía hacerlo. Había vivido allí, feliz y en paz. No le costaba imaginárselo en ese lugar, recibiendo a los invitados en el vestíbulo desde la parte más alta de la escalera. Si estuviera allí en ese momento sonreiría a su esposa como siempre lo había hecho: con un amor tan palpable que nadie que viera su expresión podría dudar de la solidez de sus sentimientos.

Había amado a su esposa y nunca lo disimuló; algo que pocos caballeros se permitían. La joven sabía con absoluta certeza que él también la habría acogido allí, abrazándola como tantas veces había hecho. Ahora ya era toda una mujer, pero quería creer que él no habría dejado de consolarla con aquellos abrazos paternales que tanto extrañaba.

—Tu habitación está justo aquí. —La voz de la viuda rompió el hechizo de los recuerdos—. Pero debes saber que nos trasladaremos a la residencia privada cuando termine la fiesta, así que pronto tendrás que volver a hacer la maleta. Te informo de esto para que puedas decidir qué objetos sacar y cuáles dejar en la maleta hasta que nos instalemos definitivamente.

«La residencia privada», pensó. Claro... como Philip se casó, su esposa se convirtió en la verdadera dueña de aquellas tierras, por lo que la señora Lampton ya no debería vivir allí. Que la viuda hubiera permanecido tanto tiempo en la casa principal era, en realidad, algo inusual. Sintió cierta decepción. La residencia de la mujer no era el lugar con el que había soñado todos aquellos años. No era el hogar del conde.

Aun así estaría cerca, era un consuelo; además, ayudaría y acompañaría a la viuda, lo que habría complacido al conde. Esa idea la tranquilizaba y le devolvía el entusiasmo.

Philip, el nuevo lord Lampton, salió de una habitación situada solo dos puertas más allá del pasillo en el que se encontraban. Vestía un llamativo chaleco verde, una prenda acorde a los gustos del joven y extravagante conde; su abrigo, sin embargo, era de un gris apagado, sin duda por la influencia de su esposa.

Sonrió al verla.

—¡Arabella! —Se conocían desde siempre; eso no justificaba que la llamara por su nombre de pila, pero tampoco resultaba reprochable—. Veo que al final madre consiguió traerte hasta aquí. Estaba decidida a que vinieras.

Todos los hermanos de la familia Jonquil habían sido bastante traviosos. Los vecinos habían pasado a su costa unos años de diversión

y cautela, pendientes de cuál sería su siguiente trastada. Philip había sido, con diferencia, el más divertido de todos. Arabella no podía contar las veces que había bajado hasta la orilla del río para ver a los hermanos librar sus batallas de barcos de papel o perseguirse entre los árboles y la maleza. En más de una ocasión se había reído tan fuerte con las payasadas de Philip que había delatado su presencia. Ninguno se enfadó nunca por ello e incluso la invitaban a unirse a sus juegos.

Se apagaron tras la muerte de su padre. El cambio en la actitud de Philip fue aún más brusco, el peso que recaía sobre él acabó con su carácter despreocupado. Con el tiempo, transformó esa sobriedad en una extravagancia casi ridícula. Nadie llegaba a comprender por qué. Arabella no podía apartar de la mente el recuerdo de él con diecinueve años, unos días después de enterrar a su padre, sentado en el muro del jardín trasero de Hampton House y rodeándola con el brazo mientras ella lloraba. Ese era el Philip que recordaba y el que cada vez más a menudo veía asomar tras de la coraza de frivolidad que mostraba.

—Buenas tardes, lord Lampton —saludó, mientras hacía la debida reverencia.

Él se rio; al fin y al cabo habían vivido muy cerca en la niñez.

—No creo que llegue a acostumbrarme a que me llame así alguien que me conoció cuando no era más que un crío.

—Es unos años mayor que yo —replicó ella—. Eso le ayudará un poco.

Se le iluminó el rostro con su característica sonrisa.

—Todavía soy un poco inmaduro.

—¡Gracias al cielo! —repuso la viuda—. Que fueras todo un hombre me convertiría en una pieza de un museo de reliquias.

—No lo creo. —Philip besó la mejilla de su madre—. No me he olvidado de nuestra cita. Me reuniré contigo en el salón dentro de un cuarto de hora, dispuesto a comprometerme a todo tipo de cosas incómodas y aburridas para tu fiesta.

La mujer le dio un codazo burlón.

—Te encantan esas «cosas incómodas y aburridas». No digas lo contrario.

—Es cierto, disfruto de las reuniones —admitió, estirándose el chaleco.

—Lo que te gusta es el público.

Se rio una última vez mientras desaparecía por el pasillo. La viuda condujo a Arabella a una estancia del fondo.

—Esta era la habitación de Stanley —dijo—. No es muy femenina, pero ofrece una vista preciosa del jardín oriental. Cuando nos traslademos a mi residencia privada, podrás elegir entre tres habitaciones diferentes.

—Muchas gracias.

La señora dedicó un momento a observarla, con una expresión enigmática.

—Me alegro de que estés aquí, Arabella —dijo por fin—. Espero que seas feliz en Lampton.

—Sé que lo seré. Estoy segura.

La viuda asintió.

—Te dejaré que deshagas la maleta y, si te sientes con ganas, me gustaría que te unieras a nosotros para ultimar los detalles de la fiesta. Me vendría bien contar con unos ojos y unas manos más en los arreglos finales.

—Por supuesto.

Entró en el cuarto con la intención de colgar los vestidos y guardar otras prendas en el armario lo más rápido posible para no llegar tarde. La habitación era, como le había advertido la viuda, bastante masculina: con telas pesadas y colores oscuros, aunque agradable. El ventanal que ocupaba la pared dejaba entrar una gran cantidad de luz que iluminaba el espacio.

Sería muy feliz allí mientras permaneciesen en la casa. Aunque pretendía estar lo suficientemente ocupada como para no pasar demasiado tiempo en su dormitorio.

«Considera una orden todo lo que se te pida». Recordó las palabras de su tía antes de llegar.

Arabella lo consideraba todo un privilegio. Por fin formaba parte de la casa del conde; no permitiría que el sueño que tanto había deseado se desvaneciera.

No le habían permitido llevar mucho equipaje; pero aunque hubiera trasladado todo lo que tenía habría parecido insignificante en aquella alcoba. Ordenar sus cosas no le llevó más que un momento. Terminó sacando un guante del fondo de la maleta. Dentro del pulgar estaba su cadena de oro con la cuenta de cristal.

La sostuvo entre las manos unos segundos, sintiéndose tan reconfortada como siempre, antes de abrochársela alrededor del cuello. Apoyó la palma de la mano en la cuenta, que colgaba sobre el corpiño de su vestido gris. Notaba cómo los dedos le latían con el pulso, como haciéndose eco de su nerviosismo.

—Por fin estoy aquí —susurró. No iba a desperdiciar la oportunidad.

Encontró a la viuda en la sala de estar después de buscarla durante unos minutos. Philip y su esposa no habían llegado todavía. La mujer dio unas palmaditas detrás del sofá donde estaba sentada.

—¿Puedo hacer algo por usted, *lady* Lampton? —preguntó Arabella.

—Me temo que vas a tener que dejar de llamarme así. Ahora ese título también le pertenece a mi nuera. Si nos llamas igual, harás que la gente se confunda cuando ella esté presente.

Estaba de acuerdo, pero no sabía qué sería lo más apropiado.

La viuda, mientras pensaba, jugó inconscientemente con el collar de cuentas negras que adornaba su cuello.

—Mi suegra quería que todo el mundo la llamara «la vieja señora Lampton» tras la muerte de su marido. Pensó que era divertido. Y lo cierto es que lo era.

La joven sonrió.

—¿De ella ha heredado su hijo el sentido del humor?

—Probablemente. Su padre también era muy divertido.

«Divertido» no era la palabra que más definía para Arabella al difunto conde, pero también encajaba con su carácter. Lo había visto formar parte de las travesuras de sus hijos muchas veces y se pasaba los días gastando bromas, riéndose o, al menos, sonriendo.

—Creo, Arabella, que debes llamarme «madre», como hacen mis hijos y sus esposas —propuso la viuda—. En público y en presencia de los invitados, por supuesto, seguiré siendo *lady* Lampton, «la viuda» o algo parecido a eso. Pero cuando estemos en familia, y especialmente cuando estemos a solas, puedes llamarme «madre».

La joven no cabía en sí de felicidad.

—Es un término muy familiar para alguien que está aquí como poco más que una sirvienta.

—Arabella —replicó la mujer, poniendo la mano sobre la suya—, siempre has sido y siempre serás mucho más que una sirvienta.

Sintió una punzada en el pecho. Ser «mucho más que una sirvienta» estaba muy lejos de ser «parte de la familia», pero esas palabras le generaron una esperanza casi dolorosa, fruto de la desesperación y la amargura vividas hasta ese momento. Ya había aprendido que era mejor no ser demasiado optimista.

—¿Está segura?

—Completamente. Si es necesario, lo declararé con una orden, como si fuera una matrona vieja y cascarrabias.

Sonrió ante la broma de la señora Lampton.

—De acuerdo, madre, pero me costará acostumbrarme.

Era feliz por el honor de poder tratar de un modo tan personal a una dama a la que había querido y admirado durante tanto tiempo.

El tintineo de los relojes anunció la llegada de Philip.

—Traigo noticias, madre —dijo, acercándose a ellas—. El duque y la duquesa de Kielder han aceptado la invitación, con la condición de que se les permita traer a lord Falstone.

Su madre, tratamiento que le resultaría difícil de asimilar y pronunciar a Arabella, asintió.

—Por supuesto. ¿Los Windover también traerán a sus hijos?

Philip guardó el monóculo en el pequeño bolsillo de la camisa diseñado específicamente para ello.

—Tengo entendido que estarán de visita en casa de su tía durante las próximas semanas.

—¿Y los hermanos de la duquesa? —preguntó la madre.

—Asistirán ambos —dijo Philip, antes de ajustarse la corbata—. Y con ellos acaba la lista de invitados. Tu fiesta tiene todos los ingredientes para ser todo un éxito.

Lejos de alegrarse, la expresión de su madre se tornó preocupada.

—Pero si Sorrel decide no asistir...

Sorrel era la mujer de Philip, pero, últimamente, parecía más bien una reclusa.

—Seguro que lo hará —dijo—. Nunca ha sido una persona que descuide sus deberes y obligaciones, aunque prefiera la soledad.

—¿Y si no lo hace? —A la viuda parecía preocuparle esta posibilidad.

Arabella mantuvo la cabeza baja; no quería inmiscuirse en un tema tan personal. Se le había concedido el derecho a dirigirse a *lady* Lampton como sus propios hijos, pero era consciente de que el vínculo no era tan estrecho.

—Ya nos preocuparemos por ello en su debido momento. —Philip había abandonado el tono impostado—. Me niego a creer que la hayamos perdido del todo.

La joven no sabía qué había llevado a la nueva condesa a querer apartarse de esa forma, pero todos habían notado lo distante que se había vuelto. No había asistido a ninguna de las reuniones celebradas antes de que la familia se marchara a Lon-

dres a pasar la temporada. Había regresado antes que su marido, mucho antes de que la vorágine de la alta sociedad acabase, y no se había dejado ver demasiado desde entonces. Aunque no faltaba a la misa de los domingos, siempre aparecía con una expresión fría y apagada. La gente hablaba de ella a menudo, pero nadie tenía respuestas al porqué de su actitud. Los miembros de la familia Jonquil, siempre leales entre sí, se habían negado a complacer la curiosidad de nadie.

—Me preocupa un poco que invitar al duque de Kielder haya sido imprudente —admitió la viuda—. Puede ser irritante, y tal vez Sorrel no sepa encajar su aspereza.

Philip respiró hondo, nervioso.

—Es arriesgado, sin duda. Pero he visto su coraje al enfrentarse a personas así y espero que no se acobarde ante la presencia de su excelencia.

—Y yo espero que tengas razón —dijo su madre sin dejar entrever esperanza alguna.

Esto no era precisamente lo que Arabella había esperado de la conversación sobre la fiesta. Había llegado a la sala de estar dispuesta a aceptar una larga lista de tareas que determinaran su posición en la casa. Encontrarse ante la incomodidad de fingir que no escuchaba una conversación tan personal como aquella solo podía recordarle que no formaba parte de la familia, a pesar de haber pasado toda una vida soñando lo contrario.

—Te gustará saber —continuó Philip con su usual entonación ridícula— que mi sastre está confeccionando un chaleco de un extraordinario tono azul para mí.

—Ya sabes lo que opina el duque sobre eso —le advirtió su madre.

—Lo sé —respondió lord Lampton divertido—. Estoy deseando que llegue el momento.

La viuda sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Te tomas sus enfados demasiado a la ligera.

—Y por eso me gusta tanto.

Su madre se rio por lo bajo. Retomó el asunto de la fiesta y los preparativos. A Arabella le encomendaron algunas tareas que aceptó con entusiasmo. La familia estaría feliz de que formara parte de su hogar. Encontraría un lugar y un propósito entre ellos, estaba decidida a lograrlo.

Haría que el difunto conde se sintiera orgulloso y, por fin, dejaría de sentirse sola.